



## Francisco Martín Martín

A mí me trajeron al mundo lejos de donde debía nacer, pero la cuestión es que la emigración me hizo ver la luz en Zaragoza un 12 de septiembre de 1968, y hacía tanta calor, que para mi madre, tan acostumbrada al clima serrano de Corbalán, le debía parecer infernal. Así que en cuanto pude tener algo de conocimiento me volví al pueblo de mi padre, y ahora vivo en Teruel ciudad, donde mi abuela monrealense se casó con mi abuelo.

Trabajo como profesor de I.E.S., colaboro asiduamente en los suplementos literarios de periódicos (*Heraldo de Aragón, Diario de Teruel*), publico en revistas aragonesas y me dedico a la investigación de temas aragoneses y la culminación de mi tesis doctoral. Con la presente narración he intentado aventurarme en el sentir humano de unos personajes que vivieron hace ya algún tiempo y que lloraron y amaron –nunca se sabe el orden cierto de estos verbos– en las tierras del Jiloca.



# Pasión de unos Ojos

Francisco Martín Martín

*A todos los que siguen creyendo que el mundo rural de la provincia de Teruel existe.*

La ilusión por saborear tiempos añejos, junto a la consideración por las personas que nos precedieron, más si éstas son parte de nuestra sangre, me había llevado a rebuscar en el arcón de mi abuela en su casa de Monreal del Campo.

Entre las sábanas de lino, ya agujereadas por la humedad, encontré una plancha de carbón, un frasquito de azafrán, seguramente esbrinado por ella, y un antiquísimo misal que contenía una cuartilla más grande que a modo de separador estaba en muy mal estado. Comprobé que se trataba de un papel acartonado por el paso del tiempo y con gran cuidado lo desplegué. Al instante, pude darme cuenta que era letra escrita muchos años atrás, con pluma y secante. Inquieto y nervioso intenté localizar la fecha o una firma que pudiera desentrañar el misterio. Nada. El papel no tenía ni encabezamiento ni tan siquiera rúbrica. Mi curiosidad me empujó a comenzar a leerlo, decía así:

*Ocurrió muchos años ha, en la villa de Monreal.*

*Eran tiempos de batallas contra los infieles cuando cada día la muerte acechaba a la puerta de uno. Se cuenta que pasaba por aquí un caballero cruzado llamado Lamberto de Berroy. Volvía de Teruel donde había asistido a los funerales de su amigo Diego de Marcilla. Cabalgaba solo y apenado por el triste suceso de aquellos enamorados. Fatigado por los primeros calores primaverales decidió descansar en su camino hacia Zaragoza, en la villa de la Orden de San Salvador de Monreal, donde conocía a algunos de sus monjes. Cuando estuvo a la altura de la villa, el caballero se sintió atraído por la arboleda cercana y el canto de una joven en la orilla de aquel manantial tan fresco y apetecible en aquellos primeros días de calor. Bajó del caballo y se acercó sigilosamente. Creía reconocer*

su voz, todavía no podía verla, pero estaba deseoso de saber quién era la misteriosa joven que cantaba cuan un susurro de armonía y paz...

(En este lugar un roto del papel me hizo imposible continuar leyendo, así que seguí un poco más abajo.)

Llegó hasta la misma orilla, seguía oyendo la canción pero no vio a nadie. Se volvió agitado por el misterio. Su voz parecía revolotear entre las hojas de los árboles, y lo curioso es que no se oía nada más. Los pajarillos parecían haber cedido sus trinos para que la voz de la joven misteriosa cantara por ellos. En ese momento un ruiseñor se posó sobre la orilla del río y cantó un instante, antes de levantar el vuelo y perderse entre los chopos centenarios. El sonido dejó paso a un silencio ensordecedor, y aunque el valeroso caballero se quedó un rato largo, ya no volvió a oírse la angelical melodía.

Toda la tarde anduvo por el río buscando alguna pista sobre la joven. Al anoecer entró en Monreal, donde relató el suceso; nadie supo de qué hablaba. Así, que decidió quedarse en la villa unos días para sosegar su ánimo. Cuando amaneció, con los primeros rayos de luz salió hacia los Ojos del Jiloca, caminó sin prisa, pensando en su amigo Diego y en las terribles venganzas que tiene el amor. Un sonido le hizo volver de sus pensamientos. De nuevo, una bella canción se perdía por las aguas del río, acompañada de una fragancia a rosas y azucenas que inundaba el aire. Miró y observó que en ese bello lugar no existían esas flores. Extrañado buscó la procedencia del sonido. El silencio se había apoderado de aquel rincón. Una tórtola revoloteó alrededor de él, con un pétalo de rosa que dejó caer a sus pies en su huida precipitada. Lo recogió y sintió un calor que llenaba su mano. Cuando volvió a mirar para saber dónde estaba la tortolica, ésta ya había desaparecido.

Regresó a la villa con un sentir que no podía explicar, mas con un presentimiento cada vez más profundo. Habló con algunos caballeros de la Orden de San Salvador, pero no quisieron creer la historia de Lamberto. Al día siguiente el caballero recogió unas pocas viandas y encabalgó para retomar el camino hacia Zaragoza, no sin antes volver hacia ese paraje misterioso. Todo estaba en calma; los carrizos, las aneas, los sauces, los chopos, pero de pronto aparecieron surcando el cielo una tortolica seguida de un ruiseñor. Los observó. Sus juegos le sorprendieron, tan distintos y tan vivaces, parecían felices. Lamberto se quedó pensativo y viendo sus juegos gritó: ¡Diego! ¡Isabel! Las aves se posaron sobre la crin del caballo, miraron al caballero y levantaron el vuelo camino de Teruel, entre juegos y alegres cantos.

*Ahora sí, Lamberto de Berroy estaba seguro que aquellos presagios; aquella canción, la voz celestial, el aroma sobrenatural y la pasión que se respiraba era el espíritu de sus amigos, que habían ido a despedirle hasta Monreal.*

*Por esto, cuando se ve a una tortolita y a un ruiseñor revoloteando por los Ojos de Monreal, se dice que son los amores de Diego e Isabel.*

Hasta aquí lo que decía el papel que había encontrado dentro del breviario. Doblando el papel con mimo, lo introduje en la misma hoja que lo había encontrado, y salí al encuentro de mi tío, al que relaté la historia de mi hallazgo y el contenido del escrito. Mi tío me dijo con la sinceridad y rotundidad que le caracteriza: «observa la madre Naturaleza y serás feliz. Busca el espíritu de los Amantes y revive cada día su pasión, para que las palabras mágicas del Amor habiten en tu casa para siempre».

Pasé todo el día siguiente inmóvil en recuerdos, sin saber porqué me había recluso en mis propios pensamientos. Sólo las entradas y salidas de mi tío podían arrebatar me durante algunos minutos de la grosera realidad. Al anochecer, mientras cenábamos, mi tío me dijo:

— Nunca vi un sueño tan profundo como el tuyo.

Dibujé un asombro perceptible en mis ojos, y sin pronunciar palabra continuó:

— Esta tarde mientras dormías un poco observé que te encontrabas intranquilo.

— Soñaba con el día en que conocí a Marta. Parece que hayan pasado ya miles de años desde que me cautivó con su mirada y, sin embargo, parecía volver a revivir aquellos momentos cuando regresaba de los Ojos.

— Tú también me has hecho recordar otros tiempos. Tus palabras son muy sinceras, por eso te contaré algo que no he contado nunca.

Su misteriosa respuesta no hizo sino encender mi curiosidad y le pregunté el motivo. Ahora sus ojos se posaron sobre la ventana del cuarto que dominaba los sedientos campos desde donde se divisaba el serpenteo de un angostado y extenuado Jiloca, en aquellos abrasadores días de agosto. Con paso cansino pero firme salió de la sala y al poco regresó con una caja de madera de donde sacó una carpeta que contenía viejos papeles, amarillentos y mal dispuestos. Con parsimonia extrajo un fragmento de *Lucha*, el viejo periódico de la posguerra de Teruel. Me lo acercó para que lo leyese.

Una escueta noticia en las páginas interiores remitía a un suceso ocurrido el día anterior, 15 de mayo de 1945, decía así: «*joven monrealense salva la vida de una muchacha que había caído en los Ojos*

*de Monreal. La abundante agua que lleva estos días el Jiloca había cogido desprevenida a la joven que se había acercado a la orilla. El suceso fue celebrado por el pueblo y el joven será recompensado por la Corporación Municipal en breves fechas».* La concisa crónica ya no especificaba más. Mi tío recogió con discreción y esmero el papel que volvió a introducir en el fardo de papeles vetustos. Levantó un instante los ojos de la caja y me miró un rato fijamente, sin decir palabra, y bajando otra vez la vista pronunció:

—Ese joven era yo. Y la joven, prometida de uno de los chicos más ricos del pueblo, desapareció meses más tarde.

Acariciando la caja y agarrándola fuertemente comenzó a hablar en voz baja y entrecortada, como si maquinalmente sus labios fuesen repitiendo las ideas que cruzaban por su mente.

—Aquella tarde, festividad de San Isidro y fiesta grande en Monreal, algunos jóvenes del pueblo habíamos ido a merendar a los Ojos del Jiloca. María acompañada de Nuria había encaminado sus pasos hacia la oscura alameda que conducía a uno de los Ojos, y aún no había penetrado, cuando se le escapó un grito de espanto. Había visto flotar un instante y desaparecer el extremo de un blanco traje de mujer. Nuria quiso avisarnos y abandonó a María en la orilla del río. Cuando nos acercamos no vimos a María, alguien dijo que se podía haber caído al agua. Yo era el único que sabía nadar. Me zambullí con la idea de descender hasta donde me fuera posible. Cuando ya había bajado tres metros y el agua casi no me permitía ver, una visión me aterró y paralizó.

Una luz blanca, ligera, flotante, se encontraba frente a mí, María enroscada en unas ramas se hallaba frente a ese prodigio de belleza. Esa aparición tenía los ojos grandes y rodeados de un sombrío cerco de pestañas negras, en cuyo fondo brillaba el punto de luz de su ardiente pupila como una estrella en el cielo de una noche oscura. Sus labios, encendidos y rojos, parecían recortados hábilmente de un paño de púrpura por las invisibles manos de un hada. Su tez era pálida y sus dedos parecían tener la dulzura de quien no ha tocado otra piel en su existencia.

Mi tío detuvo su relato para secar sus ojos llorosos. En estos momentos pude convencerme de lo que me estaba contando era tremendamente cierto. Nunca había oído hablar así a un hombre; menos a un labriego que sabía leer y escribir a duras penas. Prosiguió su relato:

—No podía permanecer más tiempo sumergido, así que saqué fuerzas de donde pude y arranqué a María del fondo del río. Al aparecer en la superficie nos ayudaron a salir. María estaba fría, con los

ojos desorbitados, temblaba como un cordero al punto de nacer. Yo me quedé mirando al río, en el que adivinaba ver bajo los infinitos círculos, la luz de las ondas del pelo de aquella mujer que flotaba entre el verde musgo como otra planta acuática, de la cual parecía una flor a medio abrir. Permanecí inmóvil varios minutos, sin hacer caso de los que se acercaban para felicitar me o preguntarme por mi acción.

Nadie ha sabido jamás que pasó. María, como te he contado nunca volvió a ser la misma, por lo que su desaparición meses más tarde cuando salió a pasear en dirección a los Ojos, se entendió como un hecho atribuido a alguna enfermedad de la cabeza. Dicen que algunas noches se oye cantar a una mujer en las cercanías de los Ojos y otra voz a coro repite su canción. Desde entonces ya no he vuelto a ir por aquel lugar.

Por eso te digo querido sobrino que si decides acercarte a los Ojos debes andar con cuidado, porque tras las flores de la orilla surgen como una fina lluvia de rocío las túnicas de las ninfas que esperan eternamente a su enamorado, mientras revoloteando se ve a una tortolita y su ruiseñor.